

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Día de arrepentimiento y oración en Babilonia –
Daniel 9:1-23
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Día de arrepentimiento y oración en Babilonia –
Daniel 9:1-23
(14 días)**

Día 1

Dn. 9:1.2; Jer. 25:11.12; 29:10.11

Anotaciones sin adornos

Como la anotación en el cuaderno de bitácora (donde se anota el rumbo del barco) parece el comienzo de este capítulo. El marco histórico del informe siguiente es el primer año del gobierno del rey de Media, el rey Darío. Ya leímos de él en el cap. 6 y pensamos además en algunas anotaciones del profeta Jeremías.

Nos encontramos junto con Daniel en el año 538/537 a.C. y nueve años después del informe del cap. 8. Nos damos cuenta que Daniel no tenía continuamente revelaciones extraordinarias o especiales experiencias espirituales que debía anotar. Todas sus visiones y sus interpretaciones anteriores eran para él regalos de Dios (comp. cap. 1:17-21). No las pudo producir en sí mismo. Él se retiraba tres veces por día en su cuarto superior para orar y estudiar las Escrituras que tenía a disposición (comp. Dn. 6:11).

En una hora así de retiro se ocupaba con los setenta años de exilio anunciados por Jeremías, que el pueblo de Dios tenía que sufrir y soportar. En nuestra imaginación vemos a Daniel como abría el rollo y comparaba la cita y quizás anotaba a una u otra especialmente. Y de repente se da cuenta: ¡La hora de Dios ha llegado! ¡Un cambio está aproximándose! Aun no se lo puede imaginar, pero en la Palabra de Dios está escrito.

Cuantas veces tenemos solo una Palabra de Dios para apoyarnos, o una promesa en la que confiamos. Parece imposible que cambiara una situación sin salida. Todas las soluciones humanas se frustran, el horizonte está ocupado con problemas. Entonces llega a nuestro corazón una palabra como esta: Is. 43:2.3 y nuevamente podemos respirar tranquilos. Con confianza y buenas expectativas podemos enfrentar el nuevo día, contando con la intervención de Dios.

Día 2

Dn. 9:3-5; Jon. 3:6-8

En cilicio y ceniza

El reconocimiento que los setenta años de castigo de Dios se terminaron produce en Daniel una conmoción muy profunda. Hasta ahora lo vimos como fiel empleado del gobierno. Lo vimos fuerte en la fe con firmeza y valor. Lo vimos como visionario que tenía una mirada del futuro muy lejano. Y ahora vemos al anciano de ochenta años que era un ejemplo verdadero con su vida, cubierto de arpillera, con su barba desordenada y ceniza sobre su cabeza. Estos son señales de profundo dolor y quebrantamiento, de arrepentimiento y vergüenza. ¿Acaso Daniel tiene que arrepentirse de algo? ¿Ha pecado para que se cubra de arpillera y ceniza?

Siendo joven había sido deportado, inocente de culpa. Sin propia participación “tenía que vivir las consecuencias de la maldad de otros”, por setenta años. Sin embargo Daniel buscaba a su Dios en postura de profunda humillación, no con enojo ni amargura. Daniel nos incluye a nosotros también en su oración. Con reverencia “pisamos este santuario” donde un hombre se humilla ante su Dios, postrándose ante Él convencido del reconocimiento de pecado y culpa.

Viéndolo yo me pregunto: ¿Soy humilde como Daniel? ¿Veo mi pecado y lo confieso con sinceridad? ¿Soy capaz de ponerme bajo la culpa ajena, como si fuera la mía? Jesús lo hizo y Él era completamente inocente (1.P. 2:22). Él se bautizó por medio de Juan como todos los demás

pecadores (Mt. 3:1-6.13-15). Él entregó Su vida para que mi pecado, el nuestro y el de todo el mundo fuera quitado (Jn. 1:29).

Quitar significa realmente quitar, borrar, hacer desaparecer como la niebla cuando sale el sol (Is. 44:22). “Oh Señor, Dios grande y santo”, ¡ten misericordia de nuestros corazones duros!

Día 3

Dn. 9:5.6; Mt. 6:6

Nosotros

Nuestro “apuesto” de oración, ¿acaso es un lugar donde confesamos nuestro pecado con claridad y lo llamamos como es? ¿Nos retiramos a un lugar tranquilo donde nos tomamos suficiente tiempo y concentración interior y apertura para declarar nuestro pecado? ¿Será un lugar donde también podemos llorar nuestros fracasos, donde pedimos perdón de todo corazón?

Daniel habla delante de Dios sin rodeos: “Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impíamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas, no hemos obedecido ...”

Pero, ¿por qué Daniel se incluye? ¿Por qué no se distancia de los culpables reales que ocasionaron la angustia? Pensemos una vez más: Este anciano estudia e indaga con total entrega y entusiasmo las Escrituras. El conocimiento resultante le asusta y le impulsa a la oración. Setenta años de castigo llegan a su fin. Pero, que terrible sería, si su pueblo aun no estuviera dispuesto de recibir nuevamente a Dios. Qué terrible si aun permaneciese con dureza lejos de Dios.

Entonces Daniel actúa como sacerdote. Él se acerca a Dios y en forma representativa hace la confesión de pecado para su pueblo. Delante del “Dios grande y digno de ser temido” (v.4b) también Daniel es pecador.

Para nosotros, lectores de la Biblia, él es un ejemplo muy atrayente, delante del Dios santo, Daniel es un pecador entre los demás pecadores. Si Dios buscara a alguien quien se pone en la brecha, en forma sacerdotal para tratar de unir a Dios con su pueblo, entonces encontraba a Daniel.

¿Nos encontraría también a nosotros? Dios ya había buscado sin encontrar: Lea Ez. 22:30; 13:5.

Quizás las palabras del Sal. 25:11 y 32:1-5 abran también nuestros labios para la confesión de pecado y culpa, de los cuales quisiéramos ser limpiados.

Día 4

Dn. 9:7.8; Ro. 3:23.24

Todos nosotros

¿Qué hace la culpa en una comunidad? La destruye. No importa lo grande o pequeña sea. Toda Europa lucha actualmente con sus deudas (otros países también). Esto aprovechan también aquellos que se creen sabios, que buscan señalar a los culpables. Es cierto que decisiones equivocadas y mal tomadas del pasado han traído el dilema del presente. Sin embargo todos están involucrados en el total.

En forma parecida podemos imaginarnos la interacción de razones y efectos de la culpa en el pueblo de Israel. Para toda comunidad espiritual la expresión de Daniel es fundamental: “Todos llevamos la confusión de rostro, porque contra ti pecamos” (v.7.8).

No señalar con el dedo a los demás, los padres, los maestros, el hermano, la hermana, las

circunstancias, el estado, sino golpearse uno mismo el pecho: “Yo, yo y mis pecados ... yo soy culpable y debería ser castigado” (P. Gerhardt). Muchas veces nos resistimos y afirmamos que teníamos razón: “Yo lo he dicho, los he advertido, ... Lo que sufrimos ahora, vosotros sois culpables.” Esta autojustificación no soluciona nada, no quita las cargas, no abre un futuro. Las heridas duelen, pero no se curan, si las hacemos sangrar vez tras vez con autocompasión. Tampoco se sanan si lastimamos a otros por falta de perdón.

Daniel aceptó su vida con las cargas, heridas e injusticias. “Dios es juez”, esto significa Su nombre. A esta verdad él se aferraba. Él quería señalar el camino al Dios verdadero. Todos lo debían reconocer por su vida: “Señor, tú eres justo”, no importa lo que me pase a mí. Por eso no debemos admirar sobremanera a Daniel, y ponerlo en alta estima, sino postrarnos con él de rodillas y sincerarnos ante Dios. (Lea Sal. 90:7.8; 2.Cr. 6:26.27; 1.Jn. 1:9.)

Día 5

Dn. 9:9-14

La mirada hacia adentro

El pecado no solo destruye nuestra comunidad, sino que siempre se dirige contra Dios. Daniel busca las palabras para poder expresar la dolorosa influencia del pecado. Al final del versículo 12 menciona el triste destino de Jerusalén que está en ruinas. El templo está destruido, el pueblo esparcido, la comunión con Dios rota. Daniel vio a reyes paganos muy orgullosos como cayeron junto con sus reinos ante el Dios insobornable.

Ahora ve a sí mismo y sus conciudadanos bajo la sentencia de este mismo Dios. Su mirada se dirige hacia adentro. Sin tener en cuenta la corriente del mundo en que vive, sin pensar en las lamentables prácticas del paganismo y la falta de moral, sin mirar el desconocimiento de Dios en su lugar de trabajo. Él ve la obra destructora del pecado en su pueblo y en sí mismo. Dios había dado Su Palabra, mandando a sus mensajeros, expresando Sus leyes. Bajo el peso de las transgresiones de toda la comunidad del pueblo de Dios, Daniel reclama: “Jehová nuestro Dios es justo en todas sus obras que ha hecho” (v.14b).

Nosotros siempre queremos tener la razón. Nos cuesta mucho darle la razón a Dios. Sin embargo Sus normas y medidas no cambian. “Por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Ro. 3:19.20). Si nosotros, como Daniel nos sentimos oprimidos y aplastados por el peso de este reconocimiento, entonces no clamaremos más por justicia, sino por misericordia. Sin tener en cuenta lo que dice el versículo 9 los siguientes versículos casi no aguantaríamos. Si nosotros confesamos delante de Dios nuestros propios pecados, clamamos a aquel del cual se dice: “Dios misericordioso es Jehová tu Dios” (Dt. 4:31; lea 2.S. 24:14; 2.Cr. 30:9; Neh. 9:31; Os. 6:1).

Día 6

Dn. 9:15.16; Jos. 2:8-11

Hazlo una vez más

En los primeros cinco versos de nuestro capítulo Daniel confesaba los pecados de su pueblo, involucrándose él mismo, delante de Dios. Después, y esta es la parte mucho más larga, reconoce el justo obrar de Dios pasando las diferentes generaciones. Él no culpa a nadie en forma particular, ni a los gobernadores del pueblo, diciendo: “Vosotros nos metisteis en estos problemas”, ni a Dios: “Si hubieras hechos nuestros corazones más obedientes, y nos hubieras mandado mensajeros más auténticos, entonces todo esto no hubiese pasado.”

Este párrafo largo (v.9-14) parece como una aclamación por el obrar de Dios en justicia.

Quizás también es una señal de la realidad que no queremos aceptar la consecuencia mortal que trae el pecado. Leamos Ro. 6:23. Nosotros tendemos más a las excusas: “Mi jefe me provoca continuamente”, o “Mi esposa es imposible”, o “Mis vecinos me hacen enojar”.

Daniel reconoce: La única salida de la aflicción del pecado y sus consecuencias produce Dios. Hace falta una salida como en aquel entonces de la esclavitud en Egipto. Por eso pide a Dios: Hazlo una vez más así con nosotros. Permítenos experimentar una vez más que tú quiebras el yugo de la esclavitud. Para ti no importa si rigen los opresores en Egipto o Babilonia o en el propio corazón. “Oh, Señor, conforme a todos tus actos de justicia, ten misericordia de nosotros.”

¿Quién no conoce este anhelo? ¡Ojalá, se pudiera empezar una vez más de nuevo! ¡Que pueda experimentar una vez más el primer amor a Jesús, el primer entusiasmo, la primera entrega incondicional! Podemos pedir osadamente un nuevo comienzo, porque nuestro Señor venció nuestro pecado, lo puede tirar a lo profundo del mar. (Lea Mi. 7:18.19; Is. 43:18.19.)

Día 7

Jer. 4:3; Os. 10:12

Tiempo de primavera

Con una hermana anciana hice un viaje de paseo en tiempo de primavera. Los prados florecieron en miles de colores y formas. Entremetido vimos viejos perales con sus ramas torcidas de cualquier forma, que también presentaron sus flores hacia el cielo, y los manzanos también nos presentaron sus delicadas flores. Estuvimos absortas por toda esta hermosura, sin poder hablar.

Pero después la hermana anciana dijo: “Mira, si Dios es capaz año tras año hacer florecer estos viejos árboles, yo confío que también a mí, árbol viejo, me pueda hacer florecer.”

Estas palabras dichas hace decenas de años llevo en mi corazón y cualquier viejo peral me las hace recordar. Si observamos un árbol viejo en el invierno, encontramos muchas heridas en él, ramas que fueron arrancadas por fuertes vientos, nada creció derecho. Aparentemente está como muerto, sin embargo en la primavera estará lleno de vida y hermosura.

De la misma manera para nuestro Señor no habrá ningún obstáculo en llegar a nuestras vidas “torcidas” con Su poder creador. Aunque nos sintamos como muertos en el invierno de arrepentimiento y tristeza por nuestros fracasos, Dios puede avivarnos. Él que está sentado en el trono puede hoy decirnos: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Ap. 21:5). Entonces exclamaremos con asombro: “Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2.Co. 5:17).

Experimentar lo nuevo, en medio de la rutina diaria, salir de las huellas viejas, este anhelo conocen también los discípulos de Jesús. Algunos anhelan un viaje hace mucho “soñado”, o un trabajo “soñado”, o un marido y/o esposa “soñado/a” ... Sin embargo nuestros anhelos más profundos solo Jesús los puede satisfacer en forma duradera. (Lea Jn. 7:37.38; 4:5-19.)

Día 8

Dn. 9:16.17; 1.Co. 13:1-7

Amor

¿Por qué, Daniel, te pones incondicionalmente bajo el pecado de tu pueblo? ¿Por qué lo confiesas como si tú lo hubieras hecho? ¿De dónde viene esa enorme fidelidad a tu comunidad, que nadie puede exigir? Tales preguntas no se pueden contestar por la razón. Solo los que aman pueden actuar así como lo hace Daniel. Solo aquellos que aman, rechazan el actuar

razonablemente. En la oración de Daniel encontramos la viva ilustración del texto del Nuevo Testamento: “Amados, amémonos unos a otros ... Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1.Jn. 4:7-12.20.21).

Esta es la prueba decisiva de nuestro amor a Dios: ¿Cómo trato a mi hermano, mi hermana, cuando se debe soportar culpa y fracaso? ¿Estoy solamente a su lado, cuando se hable de grandes bendiciones y “logros” para el reino de Dios? Pero cuando se percibe valles y roturas en la vida, ¿prefiero entonces retirarme, señalando con el dedo el error? ¿Nos distanciamos de la comunión con los hermanos, cuando no se puede cantar muchos “Aleluya”, sino mas bien “Señor, ten misericordia”? Jesús dijo señalando el tiempo previo a Su regreso: “El amor de muchos se enfriará” (Mt. 24:12).

¿Domina en nuestras comunidades el “frío helado” o el “ardiente amor”? Una comunidad amable, dispuesta de soportar problemas es capaz de alentar a los fracasados, de confiar en la salvación de Dios, y fortalece a los quebrantados para un nuevo comienzo.

Daniel nos dio un ejemplo de lo que logra el amor. Otra persona lo testimonia en Ro. 9:1-5.

Día 9

Mi. 6:6-8

¿El poder del amor?

La mayor ceremonia militar en el ejército alemán es el gran toque de retreta. En determinado momento del protocolo se escucha el comando: “¡Casco abajo para la oración!” Entonces la banda toca la melodía sencilla y conocida con la que se entona el texto de Gerhard Tersteegen: “Yo adoro el poder del amor que se revela en Jesucristo; ... yo quiero en lugar de pensar en mí mismo, sumergirme en el amor que es como el mar.” Hombres y mujeres parados en silencio, con la cabeza descubierta, escuchan atentamente el sencillo mensaje que existe aparte del poder militar, otro poder incluso digno de adoración, que es el amor de Dios que se manifiesta en Jesús a todo el mundo.

¿Se puede hablar de amor, pensando en las difíciles tareas que se demanda de los soldados? Muchos miles de soldados alemanes están operando en distintas partes del exterior bajo grandes riesgos (escrito en Julio 2012). “La acción militar del ejército en el extranjero transforma a nuestros soldados (hombres y mujeres). Muchos regresan con disturbios postraumáticos. Esta enfermedad puede producir roturas y quebraduras en las relaciones de matrimonio, familia y amistad. Al margen de los que regresan con daños físicos. Varios están en sillas de ruedas, otros quedan ciegos o sufren de dolores crónicos. A parte de ellos hay otros que no tienen heridas físicas ni psíquicas, pero sufren por no encontrar a nadie con quien poder hablar de sus experiencias, no se sienten comprendidos por nadie ...”(grupo ejecutivo soldados*)

También este grupo en nuestra sociedad necesita de nuestra intercesión, visitación, cartas o encomiendas, conversaciones para que puedan experimentar en la práctica y creer en “el mar de amor”. (Lea 1.Ti. 2:1-6; Stg. 4:17.)

*www.ak-soldaten.de. Dicho de paso el devocional “Arraigados en Dios” (“Zeit mit Gott” en alemán) en su comienzo fue escrito como ayuda espiritual para soldados. El autor era general Georg von Viebahn (1840-1915). Su hija Christa, fundadora de nuestra hermandad de diaconisas siguió esta tarea que mas tarde se dirigió a muchos más interesados.

Día 10

Dn. 9:18; Ro. 5:6-11

Misericordia

Como la amplia ramificación de la desembocadura de un río en forma delta se dirige al mar, así expone Daniel sus peticiones de arrepentimiento y ruegos al mar de misericordia de Dios. El peso de carga de la culpa es quitado pues él confía en la misericordia de Dios. Quizás Daniel pensaba en el consuelo del Sal. 103:10: “No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados.”

La misericordia de Dios levanta al pecador porque le perdona su pecado. Dios puede castigar el pecado y abrazar al pecador junto a Su corazón, esta es la gran misericordia, la que Daniel reclama, y en la que él se apoya. Esa misericordia no es una fría teoría, sino ella tiene un nombre, tiene un rostro, tiene manos y pies: “Cabeza ensangrentada, cubierta de sudor, de espinas coronada y llena de dolor ...” (P. Gerhardt “Himnos y cánticos del evangelio”). Esta es la encarnada misericordia de Dios: nuestro Señor Jesucristo. Aunque Daniel había visto al Hijo del Hombre que juzga con justicia (cap. 7:13.14.26), no conoció su nombre.

Si nosotros reconocemos hoy en forma nueva el milagro de la misericordia de Dios, como percibiendo nuevamente el sol después de una noche de tormenta, entonces exclamaremos alegres las palabras inigualables del Salmo 103, creyéndonlas y compartiéndolas con otros: “Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira y grande en misericordia ... cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. ... Él te corona de favores y misericordias” (v.1-13).

Día 11

Dn. 9:19; 1.R. 8:46-53

Clamar con esperanza

¡Oye! ¡Perdona! ¡Presta oído! ¡Hazlo! ¡No tardes! Daniel presenta a su Dios suma urgencia. Daniel casi acosa a Dios. A la confesión de la culpa con sus múltiples facetas (v.5) le enfrenta ahora la intensa súplica. Por la propia fuerza no se puede anular el pecado, las consecuencias de las transgresiones no se pueden reconciliar, decisiones mal tomadas no se pueden cambiar. Ya son hechos, ya es historia.

Pero hay aun otra historia. La mayor “increíble” historia de amor de Dios con un pueblo muy pequeño: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido ... sino por cuanto Jehová os amó” (Dt. 7:6-11). Sobre esto se basa la intercesión de Daniel, sobre esto descansa su esperanza. “Por amor a tu nombre”, piensa en tu ciudad, en tu pueblo. Tu gran nombre está inseparablemente unido con nuestro humillado nombre.

Por eso rogamos nosotros también al Señor y le presentamos a Él, los escombros y pedazos en nuestra sociedad aparentemente exitosa: “Clamamos a ti, Señor, porque no protegemos la vida en gestación y la matamos ya en la matriz. Te pedimos que nos perdones, que ahora examinamos los cromosomas incluso antes de la concepción para seleccionar los genes dañados. Te confesamos que el momento de nuestra muerte ya no aceptamos confiadamente de tu mano, sino estamos discutiendo si nos pertenece el derecho de la autodeterminación. Señor, nos avergonzamos que permitimos el cuestionamiento del valor de la vida de personas enfermas de avanzada demencia u otra enfermedad terminal. Señor, en nuestro país tenemos muertos por el frío, muertos por víctimas de drogas, por falta de hogar, pobres y abusados, y muchas veces pasamos al lado de ellos sin poner atención. ... ¡Señor, perdónanos nuestro pecado!” (Comp. Neh. 1:5-10; 9:1-6.16.17.)

Día 12

Dn. 9:20.21; Sal. 34:7

Interrupción

A veces lleva mucho tiempo hasta ganar la batalla contra todas las distracciones internas y externas, para poder concentrarnos en la oración. Entonces significa mucha molestia cualquiera interrupción: los golpes enérgicos delante de la puerta, el sonido penetrante del teléfono móvil que nos olvidamos de apagar, o el zumbido de una mosca en la ventana.

Aparentemente Daniel se había ejercitado por su continua práctica de oración y se podía concentrar fácilmente en ella. En este día ya hace tiempo está arrodillado. Con tanta confesión y ruegos ya se acercó el tiempo del sacrificio de la tarde, según nuestro horario alrededor de las 15 horas.

Daniel es interrumpido. No es un siervo que golpea la puerta, sino alguien inesperado, pero conocido se acerca, es Gabriel. ¡Qué maravilloso! El mensajero que está continuamente delante de Dios (Lc. 1:19) de repente se acerca a un hombre que está orando.

Quizás nosotros cuando oramos sentimos a Dios muy “arriba”, distante, lejos de nuestra situación. Jesús nos enseñó la oración: “Padre nuestro que estás en los cielos...” (Mt. 6:9). Por el testimonio de Daniel, nos damos cuenta que el mundo celestial está muy cerca de nosotros. Es verdad lo que dice el Sal. 145:18: “Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que lo invocan de verdad.” (Comp. 2.R. 6:17.)

Esta verdad nos produce mucha alegría que a su vez puede actuar como un imán que nos atrae a la oración excluyendo cualquiera interrupción. El conocido entrenador de fútbol alemán, Jürgen Klopp, corre de una cita a otra. Sin embargo se toma el tiempo para orar: “Todos los días termino con oración. En mi vida tengo múltiples razones para agradecer a Dios cada minuto.” (Comp. Sal. 119:164.)

Día 13

Stg. 5:13-18; Sal. 62:8

Frecuencia de onda

Por medio de los equipos de radio se pueden comunicar emisores y receptores. De este modo las noticias se conocen de un momento a otro. Algo parecido acontece cuando oramos. Las señales de oración tienen una frecuencia, no hecha de mano humana, que alcanzan en el acto a nuestro Padre en el mundo invisible.

El doctor Stefan Schneider, teólogo y científico en el área de deportes (Facultad de deportes de Colonia – Alemania) le interesaba medir de alguna manera, si fuera posible, si la oración ayuda en situaciones de estrés: “Hemos descubierto que se nota mejor motivación y mucha mejor condición física después de la oración. Las personas del “test” estaban relajadas como después de haber trotado ... La actividad cerebral por la oración estaba sorprendentemente muy animada, lo contrario que por la meditación. De este hecho deducimos a que la oración es un estado de dialogo. Es decir yo hablo con Dios, no estoy anulando mi mente ...”

Recordamos una situación de dialogo por ejemplo en Betania: “Jesús, alzando sus ojos a lo alto, dijo: ‘Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes’” (Jn. 11:41.42). O en otro momento: “Cuando oréis, decid: ¡Padre ...!” (Lc. 11:2-4). O estando en el prado verde: Él “tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo ...” (Mr. 6:41).

Muchos, muchísimos ejemplos del pasado y presente muestran esa singular conexión con el Dios vivo y verdadero, que se produce por la sencilla oración. No necesitamos aparatos ni teclas de funcionamiento. Derramamos nuestro corazón como si fuera un balde de agua y el Padre lo oye.

Daniel oraba y Gabriel llegó cerca a él. Entre nosotros y el mundo celestial no se necesitan cables ni torres de radio. La singular frecuencia de onda para nosotros está disponible continuamente y sin costo.

Día 14

Dn. 9:22.23; Jer. 31:3

Tú eres amado de Dios

A través del ángel Gabriel, Daniel escucha que ya el comienzo de su oración produjo un efecto en Dios. A nosotros muchas veces nos parece demasiado largo el tiempo hasta que Dios intervenga. La razón es la sabiduría de Dios. Él tiene en cuenta toda nuestra vida, mientras que nosotros vemos solamente las razones más cercanas. Por eso debemos marcarnos el versículo 23 muy visiblemente, y aferrarnos en los momentos de prueba a lo que dice. No se nos garantiza un cumplimiento inmediato cuando oramos, pero es seguro que Dios escucha nuestra oración. También experimentamos vez tras vez como Daniel, la sorpresa que leemos en Isaías 65:24: "Antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído."

Gabriel además trae un mensaje muy personal para Daniel: "Tú eres amado de Dios." ¡Qué palabra en esta hora de la tarde, en la que Daniel ya casi no aguanta la carga del pecado. Él no se avergüenza anotar esa declaración de amor de su Dios. A ese anciano emocionalmente muy conmovido se le dice: "Tú eres amado de Dios." ¡Yo soy amado de Dios! Esto no es algo insignificante, sino importante en forma existencial. Antes de que Daniel reciba nuevas perspectivas del futuro, de su pueblo, en parte muy oscura, se le asegura el amor de Dios.

Aquí lo encontramos nuevamente "el poder del amor que se manifiesta en Jesús". Cuando nos sobrevienen horas oscuras de prueba podemos aferrarnos a la Palabra de Dios en Ro. 8:33-39 (nunca se puede leer demasiadas veces) Antes de la exigencia exagerada (Dn. 9:24-27) está la promesa, la palabra de ánimo. Es bueno si lo hacemos también así en nuestro trato interpersonal. Sobre el fundamento de la aceptación es más llevadero aceptar diferentes exigencias.